

Una convocatoria a presidenciables generó manifestaciones muy diversas

A principios de octubre gran parte de las instituciones de la cultura artística de Montevideo tuvieron la ocurrencia de convocar a los candidatos a la presidencia para que dijeran qué piensan hacer (si son electos) con el arte, la cultura y alrededores. Presidenciables, presidenciables, lo que se dice presidenciables, no hubo muchos, como cualquiera podía imaginarse previamente. Análisis, análisis, lo que se dice análisis, tampoco. Y en cuanto a propuestas estructuradas, razonables, viables, lo que se dice razonables, tampoco. Pero hubo calor, entusiasmo, tonterías diversas, demagogia-demagogia, expresiones de voluntad y sobre todo unos cuantos lloros y lágrimas que nunca vienen mal, sobre todo si queremos mostrar que la cultura artística está en la mala. Los candidatos deberían ayudar o por lo menos prometer. Pero como no fueron a la cita, otra vez será. Esta es una crónica comentada. Pero habría que empezar a hablar en serio, cuanto antes.

El lunes 10 de Octubre a las 19.30 la sala mayor del Circular tenía un lleno total. La obra se representaba improvisando, aunque algunos entendidos aseguraban que el argumento carecería de sorpresas. La iluminación central caía crudamente sobre una hilera de representantes de los partidos políticos más notorios, con pocas ausencias importantes y con (casi) ningún presidenciable. Algunos focos estaban orientados hacia la platea, compuesta por una mayoría abrumadora de gente de teatro, escasos músicos, un editor de libros, ninguno de discos o casetes, dos realizadores de cine y video, un productor audiovisual, varios artesanos y rockeros, pocos curiosos (entre ellos tres críticos de cine). Con los papeles invertidos (los actores estaban en las gradas, los habituales espectadores en el escenario), la representación se prolongó durante tres horas y media sin sobresaltos. En el primer acto, uno después de otro, de derecha a izquierda, los representantes de los partidos ofrecieron su visión de la cultura artística: Osiris Rodríguez Castillo divagó sobre lo telúrico, Platón y otros puntos cruciales para el Uruguay de hoy; Lucio Cáceres -ingeniero- afirmó que desde chico, en su casa, el arte y Torres García y algunos más rondaron su niñez; los representantes del actual Municipio exaltaron su esforzada preocupación por el arte, los museos y bibliotecas, mientras opositores cuestionaban previsiblemente tanto esfuerzo; un actor teatral blanco y herrerista representaba a Volonté que estaba en otra cosa en otro lado y se comprometía personalmente a solucionarlo todo si la platea lo votaba. Pero la platea parecía inmune, como se comprobó en el segundo acto. Allí hubo reclamos puntuales, preguntas y afirmaciones, pasión entusiasta, alguna anécdota, recuerdos, referencias generacionales, y hubo también visiones serias, todo mezclado, en un democrático ple de igualdad que no contribuyó a la claridad, pero pretextó una doble demagogia: la de algunos políticos desde el escenario y la de algunos espectadores desde la platea. Para cualquier observador debidamente distanciado lo dicho y opinado mostraba fuertes discrepancias, pero ante cada desacuerdo, el expositor se anticipaba a proclamar que, pese a todo, "estamos todos de acuerdo". Ese acuerdo (que la cultura artística es importante, vaya novedad) fue insuficiente para que el tercer acto y epílogo tuviera un final feliz. Aunque

la moderadora Raquel Daruech se empeñó en accorralar a los políticos, tomando partido (parcialmente) por sus más abiertos contradictores, y radicalizó su función preguntando "¿Pero ustedes se comprometen? ¿Sí o no?", nadie se comprometió a nada. Quizás porque nadie sabía muy bien a qué debía comprometerse. Curiosamente mucha gente salió satisfecha: una mayoría de espectadores porque había embretado a la clase política y en especial a blancos y colorados; los políticos del Frente porque encontraron amplia resonancia en la platea cómplice; los demás políticos porque al fin de cuentas todo quedó en una confusión simpática de la que no lograron nuevos adeptos, como se sabía de antemano. A diferencia de otros eventos del pasado, éste se disolvió rápidamente y a los cinco minutos el Circular quedó despoblado de artistas, políticos y curiosos. Al día siguiente había que trabajar.

ANTES ERA IGUAL. Los tres actos del Circular tuvieron un sabor a *revival* y hasta cierta nostalgia por otros tiempos. Cuando Dervy Vilas recordó a los desmemoriados que en 1984, durante la Concertación Nacional Programática, también estuvieron de acuerdo los actores políticos y culturales y después nadie se ocupó de nada, era demasiado tarde. Diez años después la percepción de los hechos con frecuencia difiere según el color del cristal con que políticos y gestores culturales los contemplan, pero también difiere entre unos políticos y otros y entre los diversos y variados gestores culturales. Entonces, como en el truco, todos mientan a la hora de proclamar que en el fondo todos coincidimos. La única novedad es que las relaciones se han civilizado: antes todo artista tenía el deber de considerar a los políticos (blancos y colorados) como su enemigo de clase, y todo político blanco y colorado vela en la cultura artística a un enemigo. Aunque después del segundo lunes de octubre muchos lo estarán pensando de nuevo, por lo menos nadie lo dijo públicamente, por ahora. Cuando eso ocurra habremos llegado a la nostalgia, que forma parte de la identidad cultural uruguayo.

A fines de la década del 70, en plena dictadura y cuando nadie podía pronosticar la historia futura del país, cuatro organizaciones e instituciones de la cultura artística, constituyeron una mesa informal y desde luego clandestina, de consulta y coordinación. Esa mesa tomó estado público por

vías indirectas, y se la conoció como CInCelCur, por al letra C conque empezaban tres de las instituciones. Después del plebiscito del 80 y de las internas de los partidos en el 82, se constituyó a partir de esa experiencia ocasional, la CTA (Coordinadora de Trabajadores del Arte), primero de manera clandestina y después con acción pública. A partir de la CTA se impulsaron discusiones internas y diversos proyectos más o menos fundamentados que fueron llevados (fermentalmente) a la CoNaPro (Concertación Nacional Programática) y confrontados con los representantes de los partidos políticos. Todos tenían la certeza de la pronta redemocratización del país, y la mayoría venía de la oposición clandestina al autoritarismo militar. Era difícil decir que no se estaba de acuerdo después de haber sido de un modo u otro compañeros de una resistencia civil que convocó una ancha muchedumbre en el Obelisco. Nadie pensaba en ese momento que la diversidad es respetable y deseable, que las diversas percepciones enriquecen una experiencia de convivencia democrática sin debilitarla, que la conciliación y complementación de esa diversidad puede generar entusiasmos y emprendimientos más duraderos que la famosa unidad. Pero no: en el 84 había que procurar consenso y uniformidades, que después desde luego, nadie cumplió porque eran falsos.

Los primeros diez años en redemocracia han generado los mayores desánimos y escepticismos. Los últimos cuatro y fracción han generalizado en el mano a mano la afirmación de que las cosas eran mucho mejores durante el ministerio de Adela Reta y Cultura del Municipio con Thomas Lowy. Esta idea es agradable, nostálgica, y reafirma el correspondiente desánimo. Para entusiastas se requiere identificar al otro y sus discrepancias. En eso estamos.

LO DEL CIRCULAR. Nadie fue explícito, pero en la representación se confrontaron dos visiones de la realidad. Por un lado se insistió en que el Estado debía asumir la defensa y protección de la actividad cultural artística, subvencionar sus diversas manifestaciones, quitar el IVA al arte, pagar obras, representaciones, instituciones y personas. Si es función del Estado ocuparse de la cultura, lo único que tienen que hacer los políticos es cumplir de una buena vez. Algunos actores políticos (del Frente Amplio) apoyaron esa visión,

probablemente porque no corren el riesgo de ser gobierno nacional a corto plazo. Del otro extremo, unos pocos representantes políticos propusieron mecanismos para obtener fondos de mecenazgos (*sponsors*) privados, a través de deducciones de impuestos a la Industria y el Comercio, y la creación de estructuras legales con vistas al Mercosur y las Industrias Culturales. No dijeron que el Estado tiene recursos prioritarios para Salud, Educación, Previsión Social y Seguridad y que sin plebiscito esos recursos ya no alcanzan para la cultura, pero cuando varios asambleístas reprocharon a viva voz la idea de los mecenases ("Entonces siempre vamos a tener que seguir haciendo nosotros el trabajo y salir a buscar mecenases") Carlos Cassina explicó que los incentivos a los *sponsors* se harían a costa de una menor recaudación fiscal. Nadie dijo tampoco que los propulsores de la idea querían privatizar la cultura, pero por las dudas muchos reclamaron con fervor la terminación del Estudio Auditorio, mientras Loza Aguerrebere en representación del candidato Juan Andrés Ramírez aportaba comentarios que confirmaban la sospecha de que todo el presupuesto del SODRE quizás supere al de las instituciones culturales sumadas.

El discurso político corría por detrás. Aunque desde la década del 40 la cultura artística en el Uruguay se anticipó al neoliberalismo económico y privatizó de hecho los medios de producción, de creación y de comunicación, la idea dominante actual parece ser exigirle al Estado lo que ni antes y menos ahora parece estar en disposición de conceder. Del otro extremo los voceros políticos dijeron que el Estado debía intervenir sólo en casos muy concretos para proteger actividades artísticas que sin apoyo desaparecerían, y Cassina y Claudio Rama ampararon sus propuestas en la más amplia libertad de creación artística, que se obtendría si se borra la dependencia económica y organizativa del Estado, que suele estar gobernado por políticos y partidos. Es curioso, pero durante tres décadas a partir de fines de los 40, la cultura artística construyó su independencia prescindiendo deliberadamente de todo posible apoyo del Estado, y por eso el teatro uruguayo se llama desde entonces independiente. Nada tan opuesto a lo que ahora se rechaza con energía, y se le reprocha a los políticos. También es curioso que políticos que tratan de recuperar la idea del Estado baillista protector para enfrentar la masificación neoliberal, propongan la reducción de esa intervención que ahora sí pero antes menos reclamaban gestores culturales presentes en el Circular.

Así era difícil ponerse de acuerdo. Y Raquel Daruech (imparcialmente) sólo obtuvo respuestas de Mariano Arana, Wilfredo Penco y Mario Delgado, como ella sin dudas esperaba. Los que antes de empezar aseguraban que el argumento de la representación carecería de sorpresas, tenían razón.

TELON. Dieciséis horas treinta minutos después de terminado el acto en el Circular, tres integrantes de la cultura artística se reúnan con abogados del Ministerio de Educación y Cultura para reglamentar dos artículos de la última rendición de cuentas que crean la posibilidad de que empresarios privados descuenten sus aportes de impuestos a la renta a cambio de contribuciones, donaciones, mecenazgos, *sponsors* a la cultura artística. Se esperan por esa vía recursos para el fondo del teatro, la producción audiovisual y otras formas de creación. Ninguno de los tres integrantes de la cultura (dos de ellos *teatristas*) habían abierto la boca en el Circular el lunes 10 de octubre. ♦